

## Presentación **Dostoievski (1821-1881)**

Víctor M. Hernández Márquez  
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez  
ORCID: 0000-0001-6644-9116

HACE UN PAR AÑOS SE CUMPLIERON DOS CENTURIAS del nacimiento de Fiódor Mijailovich Dostoievski, lo cual ocurrió en Moscú el 30 de octubre de 1821. Rodeado por la plétora de grandes escritores rusos del siglo diecinueve, su fama e influencia, lejos de menguar, goza de una fortuna excepcional, en parte alimentada por cierto morbo sobre los zigzagueos de su propia existencia, los cuales “explican”, a juicio de muchos, las perturbadoras profundidades en las cuales se pierden sus personajes. Sin duda, Freud fue el culpable, cuando publicó en 1928 el breve ensayo “Dostoievski y el parricidio”, de la tendencia de leer su obra como la exaltación artística de sus pulsiones, de su carácter voluble y del sufrimiento causado por el continuo fracaso para alcanzar el completo dominio de sí mismo.

Es innegable que Dostoievski explotó tanto como pudo las experiencias extremas de su vida, por más que lo haga mediante personajes hundidos en el anonimato, como en *El Idiota* (1868), en donde se relata por boca de príncipe Mishkin el momento en que otro hombre es llevado al paredón y en el último minuto salvado al llegar la noticia de la conmutación de la pena de muerte por la condena a realizar trabajos forzados en Siberia. Arthur Koestler sufrió también la terrible agonía de un falso fusilamiento después de ser apresado en la Guerra Civil Española y más tarde relataría la experiencia en su novela *El cero y el infinito*. Sin embargo, Koestler no se enfrentó inmediatamente después a un largo encierro análogo a las frías y pestilentes barracas de la prisión de Omsk en Siberia, en donde, por lo demás, se presentaron los primeros ataques inequívocos de epilepsia, y cuyo origen e impacto en el escritor moscovita han sido objeto de numerosas disputas entre psicoanalistas, críticos e historiadores. En fin, de esta experiencia carcelaria saldrá más tarde la novela, *Memorias de la casa muerta* (1862), minusvalorada fuera de Rusia, pero dotada de un vigor impresionante para pintar ese gran *tableux vivant*

de aquellos seres que por una u otra razón fueron arrojados a la más sombría prisión de la Rusia zarista.

Entre los primeros y pocos europeos que advirtieron la fuerza y la profundidad psicológica de esta novela se encuentra Nietzsche, quien tendrá un conocimiento tardío y limitado de Dostoievski y su obra. De cualquier forma, dejará registro de la impresión causada por dicha novela en sus últimos escritos publicados, así como en la correspondencia y en algunos de sus fragmentos póstumos. Tal es el caso de aquel conocido apartado del *Crepúsculo de los ídolos*, donde después de rendir los debidos honores a ese “hombre profundo”, añade: “recibió una impresión muy distinta de la que él mismo aguardaba de los presidiarios de Siberia, en medio de los cuales vivió durante largo tiempo, todos ellos autores de crímenes graves, para los que no había ya ningún camino de vuelta a la sociedad —le dieron la impresión, más o menos, de estar tallados de la mejor, más dura y más valiosa madera que llega a crecer en tierra rusa”. Los lectores más entusiastas de Foucault tendrían una opinión más ajustada de *Suveiller et punir* si hubiesen leído previamente *La maison des morts*, título de la traducción francesa que Nietzsche leyó. Por lo demás y a juzgar por las escasas referencias en sus escritos, tampoco hay indicios de que Foucault haya tenido conocimiento de dicha novela —a pesar de la enorme popularidad que alcanzó en Francia durante la década

de los sesenta partir de la edición de 1962—<sup>1</sup> o de que se haya dejado seducir por otras obras de Dostoievski.

Pero volviendo al tema, esta doble experiencia traumática iniciada en 1849 y concluida con la liberación en 1854 y extendida otro tanto por el exilio a la frontera con Mongolia, autoriza al crítico literario a establecer una división básica en la trayectoria literaria tanto si se ocupa de los aspectos propiamente formales de su producción como si se adentra en los detalles de su giro ideológico, conceptual o filosófico (coloque usted aquí la etiqueta de su estudioso preferido). Es decir, permite hablar con cierta nitidez de un periodo presiberiano, que arranca con *Pobres gentes* (1845-1846), su primer “éxito” literario, hasta *Noches blancas* y *Un corazón débil*, ambas aparecidas en 1848, o mejor aún, hasta *Un pequeño héroe*, escrita durante su arresto en el verano de 1849, pero publicada tiempo después, en 1857. Por consiguiente, el periodo postsiberiano inicia de forma un tanto tardía con *Humillados y vencidos* (1861) y cierra de manera magistral con *Los hermanos Karamazov* en (1880); esto es, un año antes de su muerte.

Es en esta segunda etapa donde se concentra la mayor atención de los lectores y la crítica. Para los filósofos, esta es la época decisiva para el descubrimiento de Dostoievski como primer escritor ruso de la Modernidad y, por consiguiente, del nihilismo. La Rusia del siglo XIX, con sus torpes pasos hacia la europeización, acuñó dos

<sup>1</sup> Michael Cadot, “Preface”, en Dostoievski, F. M., *Récits de la mansión des morts*. París, Flammarion, 1880, p. 32.



términos que hasta la fecha van y vienen en innumerables intentos por alcanzar la claridad hacia sus múltiples sentidos. El primero de ellos es *intelligentsia*; el otro, *nihilismo*. Ambos se encuentran de algún modo relacionados en distintos niveles en la literatura rusa de la época, ya sea porque son los titubeos intelectuales de la *intelligentsia* la causa de sus actitudes nihilistas, ya sea porque describe la parálisis de pensamiento y acción ante los cambios y retrocesos de una sociedad autoritaria y altamente jerarquizada. En el homenaje a Pushkin (1880), Dostoievski los describe de la siguiente manera:

la enorme mayoría de los miembros de la *intelligentsia* rusa prestan pacíficamente sus servicios en la burocracia estatal, en la hacienda, en los ferrocarriles o en los bancos, o simplemente hacen dinero de formas diversas, o se dedican a la ciencia y a pronunciar conferencias; y todo esto lo hacen de una manera regular, indolente y pacífica, cobran el salario y juegan a la *préférance*, sin sentir el menor deseo de huir a los campamentos gitanos o a otros lugares más apropiados para nuestra época. Como mucho, se semiliberalizan «al estilo del socialismo europeo», pero con el plácido carácter ruso; es cuestión de tiempo. ¡Qué más da que uno no haya pensado aún en preocuparse y otro haya tenido ya tiempo de toparse de cabeza con una puerta cerrada! En su debido momento, a todos les espera el mismo final, si antes no encuentran el camino salvador de la actitud humilde hacia el pueblo. Y

aunque este final no les espere a todos, bastará con los «elegidos», con una décima parte de los que se preocuparon para que los demás, la gran mayoría, perdieran la paz gracias a ellos.

El término «nihilista» como adjetivo, aparece en la novela de Turgeniev *Padres e hijos* (1862), y si bien en su autobiografía —según Franco Volpi— aseguró haber inventado el término, lo más probable es que éste haya aparecido en alguno de los diversos círculos de San Petersburgo o Moscú y se haya propagado sin que se percataran de su novedad. Sea como sea, en Turgeniev el adjetivo se emplea para describir el conflicto generacional entre padres e hijos, dicho de manera abstracta, entre la forma tradicional de vida y el nuevo modo de vida que ofrece la gran ciudad. Son los jóvenes rusos de la segunda mitad del siglo XIX quienes niegan el orden establecido. Este conflicto doméstico refleja un conflicto mayor, pero también una confusión entre lo viejo y lo nuevo, entre la secularización y la religión, entre el materialismo y la espiritualidad, etc. En el plano político, significó también la inacción, el no saber qué hacer ante un acontecimiento desgarrador, como la sangrienta represión a la insurrección polaca de 1863, la cual indirectamente vino a dar al traste con el *Vremya*, el periódico de los hermanos Dostoievski y fuente segura de ingresos a su retorno del exilio, suprimido por el gobierno debido a la publicación de un escrito de mediación a favor de la causa polaca.

En fin, existen otras capas de significado que no es necesario mencionar aquí, ya que forman parte del tema de los ensayos que conforman este *dossier* de homenaje tardío y pensado de paso como una leve réplica a la estúpida rusofobia desencadenada en el mal llamado “mundo libre” a raíz del conflicto bélico en Ucrania, pero también presente en las monótonas diatribas de la derecha de aquí y de más allá.

### Lecturas recomendadas

Cadot, Michael, “Preface”, en Dostoievski, F. M., *Récits de la mansión des morts*. París, Flammarion, 1880, pp. 13-33.

Dostoievski, Fiódor M., *El idiota*. Trad. Juan López-Morillas. Madrid, Alianza, 1996.

Dostoievski, Fiódor M., *Memorias de la casa muerta*. Trad. J. García Galdón y F. Otero Macías. México, Conaculta, 2015.

Dostoievski, Fiódor M., “Pushkin”, en *Rusia y Occidente*. Estudio preliminar y selección de Olga Novikova; trad. Olga Novikova y J. C. Lechado. Madrid, Tecnos, 1997, pp. 161-180.

Nietzsche, Friedrich, *Crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa con el martillo*. Introd., trad. y notas A. Sánchez Pascual. Madrid, Alianza, 1998.

Volpi, Franco, *El nihilismo*. Trad. Cristina I. del Rosso y A. G. Vigo. Buenos Aires, Biblos, 200



Itzel Aguilera. “Niña jugando con mamá”, de la serie *Tiempos de sol*, 1997.

